



soledad de la viuda, ni más pesada la pobreza del pobre". Cuando hicieron añicos, uno por uno, todos los mandamientos. Entonces las manos de los hombres derramaron esa sangre. Y sus ojos la vieron derramar, porque sabían que pecando, renovaban, en cuanto estaba de su parte, la muerte de Cristo.

Es nuestro. El Padre castigó en El nuestro pecado. La muerte es castigo del pecado. "Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte", nos dice San Pablo. La muerte está unida al pecado como el efecto a su causa. El pecado es el aguijón de la muerte. El escorpión tiene en el aguijón todo su veneno. Sin él sería inofensivo. La muerte, sin el pecado, jamás hubiese embestido al hombre. Pecado y muerte se lanzan sobre los hombres en el primer apuntar de la vida, como una tempestad se lanza sobre los trigos por granar. Y convierten la tierra en un inmenso pudridero de almas y de cuerpos. Contemplad la gigantesca cordillera que forman los cadáveres de los hombres desde que sobre ellos cayó el castigo divino: "Polvo eres y has de volver al polvo". La muerte sola no ha podido hacer tan espantoso estrago. Si ha marcado con su hierro esos cuerpos, es porque antes el pecado marcó con el suyo las almas. Si la muerte es "estipendio del pecado", en frase de San Pablo, ¿cómo pudo morir Jesucristo siendo la misma Santidad? Porque hizo suyos nuestros pecados, no en cuanto a la culpa —esto era imposible—, sino en cuanto a la pena. Y Dios castigó en El nuestros pecados. Y por eso murió.

Es nuestro. Ese Cuerpo muerto de Cristo no nos condena. Nos salva. ¿No veis vagar todavía por su rostro aquella expresión de infinita dulzura con que decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen?" Ese Cuerpo muerto declara la bondad inefable de la misericordia divina para con los pecadores.

Es nuestro. Murió por nuestro amor. San Juan pone en boca de Caifás estas palabras proféticas: "Conviene que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nación". Sobre cada llaga se lee la palabra AMOR. No busquéis la razón de la muerte de Cristo ni en la debilidad de Pilatos, ni en la codicia de Judas, ni en el odio de los judíos. Buscadla en el Cenáculo, cuando Cristo dijo: "Este es mi Cuerpo, que por vosotros será entregado". Buscadla en estas frases de la Sagrada Escritura: "De tal manera amó Dios al mundo, que le entregó a su único Hijo"; "Me amó, y se entregó a la muerte por mí".

Es nuestro. Murió para que los hombres vivan. Ese Cuerpo muerto es nuestra vida. No es una ponderación piadosa. Es una verdad, tan cierta como consoladora. Nos configuramos, nos entrañamos con Cristo en su muerte por el bautismo, para configurarnos también con El en la resurrección. Orígenes escribió: "El Cuerpo muerto de Cristo es como una planta donde hemos de injertarnos para beber el jugo de la gracia, fecundo en dulcísimos frutos de vida". Unidos estamos como injertos a Cristo. El lazo de unión es la gracia, ser divino de donde brota la luz de la fe, las alas de la esperanza, y el fuego de la caridad. El es nuestra vida. Sobre la tumba de los hombres la Iglesia entona el himno triunfal: "Yo soy la Resurrección y la Vida"; "Quien en Mí creyere, aunque haya muerto, vivirá eternamente". Palabras que serán muerte de nuestra muerte, premio de nuestra fe, corona de nuestra esperanza, y consumación de nuestro amor.

Es nuestro. Ya está vencida la muerte en la muerte de Cristo. Ya está superada la angustia existencialista. Ya está refutado el pensamiento de Sartre: "La vida es una pasión inútil"; "El hombre sólo puede esperar la noche". La muerte de Cristo ha dado pleno sentido a la vida del hombre, y ha encendido sobre su tumba resplandores de eternidad.

¡Ese Cadáver es nuestro! El ha sembrado la esperanza en el duro y sediento surco de nuestra vida. ¡Pasa el Santo Sepulcro! Ante El hagamos nuestro este lema:

"Vivir se debe la vida  
de tal suerte  
que, viva, quede en la muerte."

Narciso Martín de Almagro

Pbro.

1. 967

